

nos dice que lo que importa no es la cantidad de lectores que se pueda tener sino de que haya un pequeño grupo en generaciones distintas que lo lean. A veces el Eliot de los ensayos contradice al de sus grandes poemas, al de *The Waste Land*, por ejemplo. Su defensa de la rima y su crítica del verso blanco es un poco forzada («clásico en literatura») y es significativa su confesión de que en la madurez no le gustaba leer a los poetas ingleses del siglo XIX (a excepción de Coleridge). Estamos de acuerdo con él en esto o en lo otro, en Eliot siempre asoma el lector verdadero: tras sus palabras late el cómo es, el cómo está hecho aquello que estudia. Tal vez de todos estos ensayos, el dedicado a Goethe sea el más flojo: asistimos a una de esas conferencias en las que el conferencista no ha querido o tenido tiempo de volver a leer a su autor y da vueltas a un lugar común o particular tratando de sacarle punta para encontrarse de pronto que ya ha terminado el tiempo.

Ojalá esta misma editorial (u otra) continúe esta labor tan importante de seguir dando a conocer los ensayos de Eliot: lo necesitamos mucho más que la totalidad de los interminables estudios universitarios (seguidos de bibliografía inagotable) que está sustituyendo a la literatura. Para ellos, esta noticia: esta importante obra cita, casi exclusivamente, las obras que estudia.

Antología de la literatura hispánica medieval. Dennis P. Seniff. Ed. Gredos, Madrid, 1992

Esta antología, precedida de un informado prólogo, una útil bibliografía y un glosario selecto, recoge textos literarios desde los siglos XI al XV. Señala el autor que su objetivo ha sido posibilitar tanto al estudiante como al iniciado, un muestrario de textos catalán-valencianos, gallego-portugueses y castellanos en sus distintas etapas lingüísticas, así que encontramos en este volumen tanto las cantigas de amigo lusitanas como poemas de Gonzalo de Berceo, fragmentos del *Tirant lo Blanc*, Juan Manuel, Fernando de Rojas, etc. hasta un total de casi 150 textos. Éstos se dan con la ortografía de la época, salvo algunas acentuaciones que introduce Seniff para aclarar ciertos textos que pueden parecer confusos a un lector moderno.

Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV y XXVI-XXX. Traducción y notas de José Antonio Villar Vidal. Apéndice histórico-geográfico de Francisco Javier Fernández Nieto, Editorial Gredos, Madrid, 1993

Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.) nació en Padua y parece ser que no llegó a Roma hasta ser adulto, donde fue amigo de Augusto, a pesar de que puede suponerse que sus ideas eran distintas. Tito Livio era conservador, en la línea que lo fueron Horacio y Virgilio, amantes de las antiguas tradiciones republicanas. Fue autor de una obra filosófica, mencionada por Séneca, que no ha llegado hasta nosotros. De los ciento cuarenta y dos libros que formaron alguna vez su *Historia de Roma* nos han llegado un total de treinta y cinco. En cuanto a los contenidos de la obra restante nos es accesible gracias a los resúmenes de los distintos libros, al compendio de Floro y otras fuentes. En estos dos volúmenes se cuenta la segunda guerra púnica.

Tito Livio como historiador dista mucho de tener las dotes eruditas e intuitivas de Polibio y Tucídides: carecía de experiencia militar, conocía mal las instituciones políticas y es parco sobre las condiciones económicas y la vida social de Roma. Sin embargo, tuvo una prosa clara y expresiva, capaz de ofrecer veracidad literaria a muchos asuntos, haciendo coincidir los acontecimientos como si todo estuviera destinado a resultar de esa y no de otra manera. No discutió las fuentes pero, sin embargo, fue elogiado por sus inmediatos sucesores, Tácito, Séneca, Quintiliano. Pasó con poca gloria por el Renacimiento, pero en la Edad Media fue muy leído y Dante mismo lo consideró como historiador sin errores.

Nueva historia. Zósimo. Introducción, traducción y notas de José María Candau, Editorial Gredos, Madrid, 1993

Se deduce que el historiador griego Zósimo vivió entre el 424 y el 592 o el 594. Sus seis libros nos ofrecen una concisa narración sobre los emperadores hasta Diocleciano y una exposición más pormenorizada de los años que corren desde el 270 al 410. Esta cuidadosa obra en la reelaboración de las fuentes y en el estilo, es notable por sus tendencias: su autor explica el hundimiento del poderío de Roma por el abandono de la fe religiosa de los antepasados. Es decir, por el abandono del paganismo.

Es importante señalar que ésta es la primera traducción que se hace al castellano de *Nueva historia*, lo cual se explica por el pensamiento impetuosamente anticristiano de Zósimo. Por otro lado, la falta de consideración de la crítica moderna la explica José María Candau, por su oscura mezcla de géneros, el carácter confuso de su relato y torpeza en la presentación de las distintas situaciones. Y estos defectos los hace derivar de su falta de secuencialidad, cualidad que sí tuvieron Tucídides y Polibio o bien Amiano, Olimpiodoro y Procopio. Por otro lado, su visión teológica y providencialista de la historia obstaculiza una razonable comprensión de los hechos.

Juan Bautista Poggio Monteverde. Estudio y obra completa. Rafael Fernández Hernández. Cabildo Insular de Tenerife, Tenerife, 1992

Desde hace algunos años se ha intensificado la recuperación de escritores del siglo de oro, que o bien por pereza o falta de recursos no se habían estudiado ni publicado. La acentuación política de las regiones, hoy autonomías, ha incidido en la reivindicación de escritores que habían sido sepultados bajo los grandes nombres, como son, en el caso de Canarias, Cairasco de Figueroa, Antonio de Vilanova, o Poggio Monteverde que ahora edita Rafael Fernández con un prólogo del poeta y crítico Andrés Sánchez Robayna, uno de los escritores, por cierto, que no sólo ha recuperado (como editor y crítico) autores canarios barrocos sino también del siglo XX, además de dar a conocer poetas y ensayistas extranjeros de la actualidad. Estas recuperaciones son algo más que una búsqueda de patrimonio regional, es devolver a la lengua literaria la amplitud y complejidad que alguna vez (sincrónicamente) tuvo. No se puede comprender bien a Góngora y a Quevedo, por poner un par de casos, si no se estudian poetas menores que permitieron (y enriquecieron) el contexto cultural y poético en que aquéllos se alzaron.

Sánchez Robayna resume en unas líneas la apreciación que hace Fernández de Poggio: «Poggio es para Fernández un poeta de "colación clásica", situado precisamente en la fase terminal de un Barroco que, hacia fi-

nes del XVII, ha atemperado ya muchas furias por su moderación. De Quevedo, se diría, había aprendido la severa acuñación del verso casi lapidario; de Góngora y Calderón, el arabesco fraseológico de muchos de sus sonetos».

Imágenes, Filóstratos el Viejo; Imágenes, Filóstratos el Joven; Descripciones, Calístrato. Edición a cargo de Luis Alberto de Cuenca y Miguel Ángel Elvira, Ed. Siruela, Madrid, 1993

Señalan en el prólogo los traductores de esta obra que fue con Goethe que se «iniciaron los estudios de las relaciones existentes entre las *Imágenes* filóstrateas y la pintura grecorromana y renacentista». El primer Filóstratos fue un neosofista del siglo III d. de C., a quien se le atribuye también las *Vidas de los Sofistas*, el *Apolonio de Tiana* y el *Heroico*. Es una obra dividida en dos libros en la que se describen 64 cuadros de una galería de pintura de Nápoles. Ya en la época helenística era frecuente, en los epigramas, la descripción de obras artísticas. El segundo Filóstratos, nieto del primero, escribe una de igual característica, aunque con un estilo literario inferior, y con un número inferior de descripciones, un total de diecisiete obras.

Los editores señalan una de las características de la pintura antigua, su signo literario, es decir, que en todas esas pinturas se cuenta una historia, de ahí que hablen de «viñetas». Cuadros literarios de los que sólo nos queda la literatura que sobre ellos hicieron unos sofistas, y que, pasado el tiempo, algunos de ellos se volvieron a pintar a partir de esas descripciones (Antoine Caron para la edición francesa de la obra) pero obedeciendo ya a las pautas pictóricas de otro tiempo.

Es de menor interés la obra de Calístrato, tanto por su escasa imaginación como por su estilo que se ve lleno de repeticiones debidas a sus limitaciones descriptivas. La obra, en conjunto, está traducida con una prosa tersa y limpia, producto de un cuidadoso trabajo filológico y literario, y está ilustrada por la «reconstrucción» iconográfica de Caron y de otros artistas franceses. Hay que señalar que es la primera vez que estos textos se vierten a la lengua española.

El paseante, número triple (20-22). Sobre taoísmo y arte chino, Editorial Siruela, Madrid, 1993

Vuelve *El Paseante*, quizá la revista más bella del revistero español, y con un volumen primorosamente maquetado, dedicado al taoísmo y al arte chino. Ya es conocida por el lector español la dedicación, que cada día se acentúa, de la Editorial Siruela a la literatura oriental, que es una de las grandes ausencias de la cultura hispánica y en especial de España. Nuestro interés, a pesar de que, tanto en Inglaterra desde finales del XVII y desde principios del XIX en Francia y Alemania hubo un amplio interés por las culturas china, hindú, persa, etc., nosotros permanecemos ciegos y sordos casi hasta el presente. Es verdad que ha habido algunas modestas excepciones, pero siempre modestas. No hemos tenido ningún hinduista ni sinólogo de importancia, no contamos con ningún ensayo de relevancia —que yo sepa— sobre taoísmo y arte chino escritos por un español. Hemos traducido algo, poco. Un libro como la célebre novela de la señora Murasaki, traducido al inglés, francés e italiano, no está traducido a nuestro idioma, salvo unas cuantas páginas. Hay que agradecer a esta editorial que haya editado una obra como *Viaje al oeste. Las aventuras del Rey Mono*, y anuncia la salida de *Vacío y plenitud. El lenguaje pictórico chino*, de François Chen, de cuyo libro se ofrece un capítulo en este volumen de la revista.

El volumen se abre con un prólogo de Luis Racionero y continúa con ensayos y pensamientos de Zhuangzi, Li Daoqun, Salvador Elizondo, Joseph Needham, Maggie Keswick, Chen Congzhou, François Chen, Wang Xizhi, Mi Fu, Shi Tao, Zhu Da, Pierre Ryckmans, Eliot Weinberger, Kristofer Shipper, E. J. Eitel, y poemas de Han Yu, Wang Wei, Li Bai, Du Fu y Su Dongpo, brillantemente traducidos por Octavio Paz. Todo un festín.

Centro de cal. José Luis Ferris. Estudio preliminar de Carlos Álvarez-Ude, ediciones Aitana, Alicante, 1993

Reedición de este libro, publicado primeramente en 1981 tras concedérsele un accésit Adonais, *Centro de cal* fue una salida con buen pie al mundo de la poesía. Esta reedición cuenta con un inteligente y extenso estudio de Carlos Álvarez-Ude en el que se plantea problemas generacionales y contextuales. Un poeta, además de escribir

textos aislados, es alguien insertado en una sociedad, en un momento de la lengua y de las posibles tradiciones, etc. Tratar de comprender al poeta es, de alguna manera, comprender su tiempo, las corrientes intelectuales y estéticas. Ésta es una de las preocupaciones de Álvarez-Ude: qué es una generación, qué dicen los otros respecto a las tendencias, cuáles son los valores por los que puede regirse un entendimiento correcto de lo nuevo. El análisis del libro es detallado y sugerente, recorrido siempre por ideas y ejemplos. Ahora bien, le falta algo para ser un ensayo crítico: observaciones sobre las limitaciones de esta obra que, teniendo aciertos, tiene muchos elementos miméticos de los gustos de esos años que no se resuelven de manera creativa en los poemas sino retórica. Pero todos sabemos que ningún poeta acepta críticas en los prólogos de sus libros ni es fácil hacerla. ¿Puedo yo hacer esta observación? Creo que sí, y la hago extensiva. Esto no invalida este documentado prólogo, pero sí señala alguna limitación. Junto a la calidad expresiva, hay en este libro un exceso de «fauno», «elfo», «címbaro». Junto a la sorpresa, el lenguaje tomado del saco de lo poético. Esto es habitual en los primeros libros de un poeta y lo hemos visto en los «novísimos» en edades ya maduras. Es, pues, un pequeño error algo extendido.

A pesar de esto, el libro puede leerse aún con interés y revela, como dije, el nacimiento de un poeta que luego, con más escasez de lo deseado, ha continuado publicando su obra.

El sueño de D'Alembert y Suplemento al viaje de Bougainville. Diderot. Edición bilingüe. Introducción de Jean Paul Jouary. Versión castellana de Manuel Ballester. Debate/CSIC, Madrid, 1992

Denis Diderot (1713-1784) escribe su primer libro en 1746, aunque publicado póstumamente. Un año después recibió el encargo de dirigir la *Enciclopedia*, junto con D'Alembert. Autor de novelas, ensayos, textos científicos, fue un escritor polémico, aunque no tanto como su amigo Voltaire. Con ellos comienza lo que modernamente se denomina un intelectual. A sus relaciones con Sophie Volland debemos una de las correspondencias amorosas más bellas de la literatura francesa. Tuvo la vida agitada de algunos *philosophes*, itinerantes por una Europa